

Dos milagros, uno de ellos pequeño, y otras cosas absurdas.

Estoy en la cama con dos piernas rotas y me niego a levantarme. La escayola me pica, las muletas que uso se cayeron al suelo y el café en la mesilla se quedó hace rato frío. No hace mucho que dejó de llover, pero la gotera de la cocina sigue sirviendo para llenar el balde de cinc con su música. Así que me vuelvo a quedar dormida de puro aburrimiento. O tal vez para no pensar.

Lo cierto es que yo nunca me acuerdo de mis sueños, seguramente por lo poco interesantes que son. Pero hace días tengo uno que se repite cada vez que cierro los ojos: recorro la ciudad de punta a punta, en caminatas interminables que no me cansan, visitando a un montón de amigos y familiares. Es primavera, el cielo resplandece y todo está lleno de flores y de gente que pasea plácida y feliz entre los músicos callejeros. Me cuesta avanzar entre la multitud ya que voy cargada con un montón de paquetes que no me pesan: chocolates, flores y champagne de regalo. Me abren las puertas y las cancelas entre risas y alegrías. Me abrazan y son siempre tan cariñosos... se preocupan por mí salud y por los estudios y me regalan con inmensos almuerzos que hace siglos que ni siquiera sueño.

Pero la realidad es que nadie viene a visitarme desde hace semanas. No los culpo porque sé que todo el mundo tiene miedo ya que, desgraciadamente, los accidentes que se saldan con piernas y cabezas rotas son cada vez más frecuentes por toda la isla. Pero tampoco me importa demasiado porque duermo mucho, me inflo a sucedáneo de café y en las comilonas soñadas me desquito del hambre atrasada y me bebo toda la cerveza del mundo y también el ron. No es de extrañar que, con tanto trago, invariablemente me envalentone y, al acabar la visita, acuda a la taberna donde se reúnen los que odian mis piernas o, acaso, como se movían cuando no estaban rotas. Me las voy mirando al caminar y pienso que sí, que es cierto que siempre fui un poco zamba y que eso me quedaba ridículo porque me empeñaba en ponerme minifalda o pantalones cortos. Pero, ¿qué quieren? Una también tiene calor y disfruta con tonterías como la brisa entre los muslos. Así que entro y les grito que no debieron atacarme por esa nimiedad. Y por supuesto lo reconocen e incluso se disculpan invitándome a beber a morro de sus cervezas que me saben a meados de gato. Pero yo me lo trago todo, aunque ya esté un poco borracha, con tal de no disgustarlos de nuevo.

La tormenta ha girado sobre sí misma y ahora debe de estar de nuevo encima de la ciudad porque los árboles chillan y los gatos trepan por los canalones hace años tupidos por kilos de suciedad y de hojas muertas. Las piernas me pesan horriblemente y tiran de mí como si quisieran echarme de la cama. Antes eran animalillos adiestrados para llevar a su ama a cumplir toda clase de obligaciones cotidianas. Pero ahora son chihuahuas débiles y mermados que no consiguen desplazarme. Tironean pero no

caigo al piso, ni ruedo por la arena de la playa ni el azul húmedo me lame los dedos de los pies.

Debe de ser media mañana cuando me despierto con un dolor de cabeza añadido. No me sorprende porque me pasa siempre que me duermo a deshoras. Decido entonces masturbarme porque eso siempre me alivia las jaquecas y abro las piernas con facilidad –es casi la única operación física que puedo cumplir cómodamente dado el tonelaje que lastra mis rodillas- dejando a la vista mi sexo. Lo acaricio y miro en el espejo de enfrente a la chica escayolada que se frota. La pobre está en los huesos y no parece muy agraciada con esa nariz larga y todos los cabellos aventados por la almohada. Así que con sólo mirarla un rato me empiezo a deprimir y lo dejo. Luego pienso en leer o en ir al baño antes de que mi vejiga se rompa y acabe perforando el techo con la potencia de su chorro.

Finalmente consigo levantarme y hacer una pequeña excursión hasta la galería, frente al parque. El libertador sigue en su sitio con la espada en alto y la extraña sonrisa que el escultor le impuso sin tenerle en cuenta la dignidad. También están los niños y el cielo y las nubes pero estas con un color extraño, casi negro, que nunca he visto por aquí, uno de los sitios con fama de ser de los más soleados de la isla.

De pronto, el viento se vuelve gélido y una masa ingente de copos blancos comienza a derramarse. Descienden como paracaídas enanos sobre la hierba, sobre el alfeizar e incluso sobre mis brazos desnudos que extiende. También saco la cabeza y la alzo al cielo abriendo la boca como para beber del chorro de una fuente. Algunos de esos seres blandos se introducen en ella y noto lo fríos que están, lo insípidos que resultan para ser tan valientes.

Me digo a mi misma que eso debe de ser nieve, claro, pero ¿cómo estar segura? Nunca antes he visto la nieve ni conozco a nadie que la haya visto jamás. Así que debo fiarme de las apariencias y de mis deseos y pronunciar la palabra “nieve” para trasladarla a la realidad. O alzar las manos y dejar que se colmen de ella. La frente y los cabellos que la atrapan.

Esto debe de ser lo más parecido a un milagro: nieve en el trópico. Disfruto de la idea y justo en ese momento la voz de la radio exclama consternada la noticia: su excelencia ha muerto. Mientras la escucho, el meteoro se funde en la palma de mi mano dejando un charquito en el suelo. Pienso que está bien, que así es cómo debe ser la lógica de los milagros cuando son pequeños.

Bajo mi balcón, el bar de los rompepiernas se vacía y un rebaño de tipos corre enloquecido calle arriba dejando sus pezuñas impresas por lo blanco. Los veo alejarse, vociferando lamentos, seguidos por la chiquillería, sin importarles el libertador ni el pequeño milagro hasta que todo se queda desierto. Entonces sonrío porque en unos minutos la nieve lo restaña todo, como si nunca antes hubieran existido.